

PEQUEÑA SEMBLANZA DE UN HERRIKO SEME IDO

A. Ezeiza Mitxel

Evaristo Goñi se nos fue en el octubre pasado. Me solicitan unas líneas recordatorias sobre él, puesto que fue "alguien" en la vida renteriana. Si siempre es difícil trazar una biografía genuina y real, ésta lo es mucho más para mí, pues, aunque emparentado con él, dado lo extrovertido del buen Evaristo y lo contrario de mi manera de ser, cualquiera de sus amigos la escribiría mejor a poco que se lo propusiese... pero, en fin.

"Herriko-seme" auténtico (nació en la casa "Imaz-Enea" —hoy un solar— de la Magdalena), sus primeros vagidos fueron acompañados del alegre repiqueteo del tambor de su "aita" Martín, atabalero de la Banda de Txistularis y de la Municipal de Música, además de pregonero del Ayuntamiento (en el Errenderi de aquella época aún se usaban estas cosas).

De familia esencialmente musical (su hermano mayor, Paco, fue clarinete solista de la Municipal), en cuanto tuvo edad reforzó las enseñanzas en el arte de Euterpe, impartidas por su padre y hermano, con las de don Hipólito Guezala, el lezotarra de feliz memoria entre los musicólogos renterianos.

A los catorce años obtuvo plaza en la Banda. De temperamento vivo y, como joven, creyendo que lo sabía todo, pronto chocó con la ortodoxia musical del director don José María Iraola al cual, en un ensayo, llegó a exasperar de tal manera que el indisciplinado chaval tuvo que huir por una ventana de la antigua alhóndiga, lo que evitó a la batuta direccional romperse sobre sus costillas.

Mucho tuvieron que bregar padre y hermano, para que Iraola anulase la fulminante expulsión decretada contra el rebelde chico.

Los éxitos musicales vinieron pronto. Cuando los txistularis renterianos obtuvieron el primer premio en el célebre Concurso de Bilbao, en septiembre de 1928, tenían a Evaristo como atabal. (Meses antes, su padre le cedió el puesto por entender que desentonaba con los demás componentes del grupo —por la edad— ya que todos eran menores de dieciocho años). Así Evaristo, a los quince años, gozó de las mieles de un recibimiento entusiasta en el "txoko". La Villa supo apreciar el extraordinario mérito de sus chavales triunfantes ante los más afamados juglares del País Vasco. Esta hazaña la repitieron al año siguiente, confirmando que no fue casualidad su victoria del año anterior.

Gozos de esta índole se repetirían mucho a lo largo de la vida de nuestro héroe, como integrante de distintas agrupaciones, faceta en la que más destacó.

Pero, con glorias armónicas nadie vivía entonces —ni ahora— en nuestro país, así que tuvo que buscar otros medios para acarrear garbanzos a su puchero. Primero intentó ser sastre con Clavé. No amoldándose a la sujeción de este oficio, que le privaba de asistir a galas y festivales como componente de orquestas o bandas; pasó a ayudante de zapatero con el "Portugués" cuyo local estaba frente a la actual parada de taxis de la calle Viteri.

Por mejorar su suerte, ganó por oposición la plaza de timbalero en la Municipal de San Sebastián y la de atabalero en la de "txistularis" de la misma ciudad en 1933.

Llegaron después los vesánicos días de la Guerra Civil desatada por Franco, que truncó tantas y tantas trayectorias vitales. El, como la mayoría de los renterianos, pasó por las peores vicisitudes de aquel avatar: combates en Oiartzun e Irún; evacuación de Erreteri, que llevó a su familia a dar tumbos por ahí, primero en Vizcaya y luego en Santander; tomó parte en la enconada defensa de Bilbao, pasando por el dolor de ver caer en ella a su hermano Paco y gravemente herido a su cuñado Gregorio; luego, la derrota, la rendición de Santofía en 1937; los campos de concentración, batallones de trabajadores en el infierno de Teruel con sus fríos siberianos...

Por cierto que aquí, procurando huir de los trabajos pesados los cuales, dada su débil contextura física y las deplorables condiciones de vida a que estaban sometidos, hubieran supuesto su muerte por extenuación como les sucedió a tantos otros, se presentó a una convocatoria por la cual los mandos del Batallón pedían sastres. Como al día siguiente solicitasen zapateros, añadió a aquella esta nueva solicitud, rematando su serie de peticiones con la de tambor para la Banda de Música en vías de formación.

El oficial encargado de seleccionar a los solicitantes, al ver su nombre y su cara "triplicados", estimó que era demasiado para un solo hombre ser sastre, zapatero y músico a la vez y tomándolo por un vivales que quería eludir el trabajo duro y arriesgado a toda costa, lo rechazó de plano. Mas la suerte estaba al lado de Evaristo. Al poco tiempo, ayudando al tiracueros existente —que sabía del oficio bastante menos que él— reparó un par de zapatos de la esposa del comandante. Esta, encantada al ver como nuevos sus zapatos preferidos, quiso premiar a quien tal arreglo hizo. Así se enteró el "seleccionador" que había rechazado a un verdadero artista en el oficio, rectificando su inicial apreciación y otorgándole la plaza, cosa que, por su parte, también hizo el director de la Banda

de música en formación al primer examen. Y ya tenemos "enchufado" al tambor-zapatero del Batallón de Trabajadores n.º 51.

Toda esa época, con su increíble cúmulo de vejaciones, frío y hambre, pasó. Terminada la guerra, fue licenciado en agosto de 1939. Regresó al "txoko" y abrió el establecimiento que, hasta hace bien poco, tuvo en la calle Sanchoenea.

Pero, si quedó libre de las órdenes vejatorias y humillantes amparadas en la disciplina militar, no lo fue de la opresión más sutil por la imposición de las normas "salvadoras de la patria". Hoy, que se tiene por timbre de gloria haber penado en las cárceles franquistas, pueden darle medalla a nuestro zapatero. No una sino dos veces fue detenido y encarcelado por delitos contra el "orden" constituido. De la segunda fue liberado en diciembre de 1947.

Calmadas un tanto las furias represivas, se casó con Basilia de Juan, cuya beatífica influencia le apartó de individuales rebeldías encauzando sus esfuerzos al negocio zapateril. Eso de "zapatero a tus zapatos" le hizo prosperar y ganar dinero del cual destinó fuertes sumas a cosas tan diversas como ayudar a la edificación de la iglesia de San José Obrero, en Iztieta, a pagar la carrera universitaria a jóvenes que prometían, a enseñar música y dominio de los instrumentos de percusión a quienes estimaba reunían condiciones para ello... Siempre extrovertido, ayudaba más a otros que a sus propios familiares.

Viudo desde 1975, comenzó a ahogarse en la zapatería. Dejándola encomendada a sus oficiales, comenzaron sus escapadas a las costas de Levante, a París, etc., buscando nuevos horizontes.

Dicen que se refleja mejor una manera de ser en sucesos o anécdotas personales: veamos un par.

En plena época franquista, un grupo de conocidos "izquierdistas" de la Villa organizó unos funerales por un correligionario recién fallecido. Para ello eligieron la iglesia de San José Obrero donde Evaristo, además de benefactor, era organista.

Cual no sería el asombro de aquellos hombres y mujeres que nadaban a contra-corriente cuando, tras las solemnidades musicales de rigor en un funeral, el organista interpretó la "Internacional". Acaso a nadie más que a ellos sorprendió. Los sacerdotes oficiantes, todos jóvenes, posiblemente desconocían el significado de aquellas vibrantes notas y, si lo sabían, se lo callaron como hicieron el resto de los asistentes ya que, de trascender el hecho, mal lo hubiera pasado el impulsivo organista quien interpretó el revolucionario y ateo himno llevado, quizá, por un residuo del compañerismo que tuvieron en las trincheras, en las cárceles y en los batallones de trabajadores, ya que el siempre fue de los de "Jangoikoa eta Lege Zarra".

Fuera como fuese, casi con absoluta certeza se puede afirmar que, durante los cuarenta años de dictadura, aquella

fue la única vez que la "Internacional" se interpretó en el interior de un templo durante una ceremonia religiosa.

Otra anécdota recoge uno de sus habituales "despistes" que, a veces, resultaban graciosos, otros honerosos y alguno providencial, sino para él, para otros.

Cierta vez que viajaba a Lourdes en ferrocarril, descendió en la estación de Pau, aprovechando que el tren se detenía algunos minutos, para comprar "souvenirs". No midió bien el tiempo de parada y tuvo que correr en pos del convoy que partía sin él. En su apuro, se coló en el primer vagón que alcanzó, casualmente en uno reservado a un alto prelado francés. Los acompañantes de Su Eminencia trataron de que abandonara aquel departamento pero el magnate eclesiástico —que hablaba castellano— hizo que sus acólitos dejaran tranquilo al intruso, con quien entabló conversación amablemente. Por ella se enteró que Evaristo era el atabalero de los "Txistularis" donostiarra y que tocaba la caja y los timbales en la Banda de la misma ciudad.

Llegados a la población pirenaica, dispuso la Providencia que la gentileza del prelado llevase su premio. En su honor se había organizado un magno concierto a cargo de renombrada Banda de Música de la región —creo que la de Tarbes— el director de la cual se disculpó ante el alto eclesiástico por tener que actuar sin tumbalero a causa de una repentina enfermedad de éste. El prelado, viendo el apuro del hombre, recordó al intruso colado en su reservado del tren y envió a uno de sus servidores a buscarlo al hotel donde se hospedaban los peregrinos guipuzcoanos, rogándole su colaboración, cosa que Evaristo, tras algunos peros, accedió. No se le ocultaba que sin ensayos previos, sin ningún acoplamiento, sin conocer la forma de dirigir de aquel director ni los modos y maneras de sus eventuales compañeros, la cosa iba a ser difícil. Pero, confiado en su mucho saber musical y en que las notas del pentagrama son idénticas en éste y en el otro lado de la frontera, venció su nerviosismo y salió tan airoso que todos los recelos primeros del director se volvieron parabienes y elogios.

Este boceto de una vida se alarga demasiado para una revista como "Oarso". Los setenta y cuatro años de Evaristo vieron muchas cosas más y ofrecen materia para un gran libro, imagen de una época dura, con sus aventuras de guerra, de batallón de trabajadores, de cárceles, de penurias de todo tipo en la década del cuarenta, con su madurez llena de anécdotas, de generosas ayudas desinteresadas, de sus viajes...

Como la de tantos otros seres humanos que vivimos éstos últimos setenta años, sería una gran novela de enorme interés si alguien capacitado se tomara el trabajo de escribirla.

Evaristo se nos fué. Deja amigos, familias acomodadas gracias a su ayuda, personas que le recordarán agradecidas y muchos amantes de la música para quienes fue un gran artista en su especialidad... Y quien es recordado no muere, a pesar de su desaparición física...